

(02057)

## Los colores son los colores

López estaba sentado en el palco del equipo anfitrión en un nuevo partido del Rayo como visitante en la segunda división del fútbol español. Como presidente recién llegado a la Liga de Fútbol Profesional todo era nuevo para él, y no perdía ocasión de acudir a los palcos de los equipos rivales. Cuando el Rayo jugaba en casa invitaba personalmente al presidente del otro equipo; le convidaba a comer y luego a cenar tras el partido. Había decidido que no iba a dejar que su relación con las demás entidades se enturbiara por lances del juego o declaraciones mal expresadas en un momento turbulento, mal interpretadas y peor transcritas. Quería dejar clara su mentalidad de empresa, y detestaba a esos presidentes que oficiando de fanáticos del equipo se dejan llevar por el calor de la afición y pierden la objetividad.

López, en cada nuevo partido de liga, trataba de dejar claro que veía el fútbol y a su equipo meramente como una empresa, sin la incondicionalidad del forofo. Incluso —bromeaba con los demás presidentes— sería capaz de vender al Rayo como vendería cualquier otra empresa de su holding si ello fuera aconsejable desde un frío punto de vista financiero. Se había ganado la etiqueta de flemático entre los presidentes de la LFP.

No se llevaban jugados aún cinco minutos del partido cuando sonó su móvil particular, número al que sólo un selecto grupito de personas tenían acceso. Era Susana Crespo, la flamante directora de La Nueva Tribuna, el semanario que López había adquirido —de forma un tanto cara para su gusto, pero Basáñez había insistido en las posibilidades que abría aquel nuevo negocio— durante el último verano.

Mientras dejaba que el teléfono sonara con un timbre casi imperceptible López miró hacia abajo, a la zona de los reporteros gráficos, y no distinguió a Susana entre los chicos de la prensa. Finalmente descolgó, un tanto inquieto hubo de reconocer, aunque sin saber por qué, pues era hombre de temperamento frío que había aprendido a controlar sus emociones:

~Dime, Susana —habló en voz baja—. No te veo entre los periodistas.

~No estoy en el campo, López. No he podido acceder aún. Me han asaltado en las inmediaciones del estadio.

~¿Estás bien?

~Me han roto la cámara Reflex, pero creo que con la de repuesto podré obtener algunas fotos válidas.

~¿Sólo te han roto la cámara?

~Bueno, me acaban de coser cinco puntos en la ceja.

~¿Quéeee? —chilló López consiguiendo que todos los presentes en el palco se volvieran hacia él.

El presidente anfitrión apartó la mirada del campo de juego y se inclinó hacia López:

—¿Va todo bien, presidente?

López levantó una mano en señal de espera mientras escuchaba lo que Susana le iba relatando. Al cabo de unos largos segundos López cerró la comunicación telefónica:

—Acaban de asaltar a mi reportera, aquí fuera, en ese descampado que está próximo a uno de los fondos, cuando se disponía a acceder a la zona de prensa. Me dice que han sido cinco ultras. La han agredido y está algo conmocionada. Ha precisado cinco puntos de sutura —informó de un tirón López a todo el palco. Hubo de reconocerse que estaba exasperado. Mientras él bromeaba en el palco aguardando el inicio del encuentro a Susana le habían dado una paliza.

—Presidente —continuó López con más calma—, me vas a tener que disculpar pero me voy a ausentar por unos minutos. Quiero ver a la chica.

Su colega presidente entendió la situación: lo de “mi reportera” había sido hartamente elocuente sin que López hubiera reparado en ello.

—Peláez, por favor —llamó a uno de sus directivos—. Acompañe al presidente López afuera del estadio, hasta el fondo norte, si es usted tan amable.

Peláez, que al igual que todo el palco ya estaba informado del percance sufrido por la que luego llamaron festiva y privadamente “la chica de López”, se puso a disposición del empresario mospintoleño.

López bajó por las escaleras internas con bastante prisa. Susana le había dicho que tenían un problema con la policía que no les dejaba acceder al estadio en aquellos momentos. Le extrañó que Susana utilizara la segunda persona del plural, pero no preguntó. En un momento dado Peláez le indicó que girara por uno de los pasillos interiores. Aquel estadio era enorme comparado con el municipal de Mospintoles. No en vano el rival de hoy era un equipo de primera división que por cosas del juego había perdido la categoría. Los porteros y el personal de seguridad identificaban enseguida a Peláez y les franqueaban los accesos por puertas laterales. En un santiamén estuvieron en el fondo norte, por debajo de los graderíos, mientras la multitud vociferaba por encima del hormigón. Algo acaba de ocurrir en el campo de juego a juzgar por el rugido de la turbamulta.

Cuando llegaron a la puerta de salida Peláez, prudente y educado, preguntó a López si deseaba ser acompañado hasta donde la periodista se encontraba.

—Sí, por favor. Tal vez me sea usted de utilidad. Parece ser que la chica no puede acceder al estadio e ignoro el motivo.

Peláez no se hizo de rogar, y tras dar privadamente unas instrucciones al servicio de orden de la entidad que vigilaba aquella puerta, acompañó a López hacia el descampado. No habían abandonado la zona adoquinada y ya divisaron a lo lejos tres ambulancias y dos coches de la Policía Nacional. Un furgón antidisturbios del mismo cuerpo estaba algo más alejado; las ambulancias abandonaban en aquel momento el descampado, con los rotativos de urgencia prendidos. Peláez perdió por un momento su comedimiento: —Parece que ha sido grave —dijo con un deje de preocupación por primera vez desde que abandonaron el palco.

En breves segundos se llegaron al lugar del asalto sufrido por Susana. La joven, al ver llegar a López se adelantó hacia él. Tenía la camisa y el chaleco ensangrentados y lucía un tremendo apósito sobre su ceja izquierda. —¡Chiquilla!, ¿qué ha pasado? —exclamó López cuando estuvo junto a Susana—. ¿Estás bien? —añadió al tiempo que la abrazaba protectoramente.

Susana relató a los recién llegados lo sucedido, poniéndoles al corriente. —Yo puedo entrar al estadio, pero he de personarme en la comisaría nada más acabe mi trabajo. Pero me temo que el ciudadano que me ha salvado, que venía de Mospintoles a ver el partido, va a tener problemas. Insisten en que les acompañe inmediatamente para tomarle declaración y para que el juez de guardia decida si su reacción ha sido desproporcionada y se le imputa un delito de agresión con arma blanca. —¿Y dónde está ese caballero? —preguntó López. —Esto es inaudito. Deberían condecorarle por su acción —se indignó Peláez. —Está en el furgón antidisturbios. —¿Podríamos hablar con el oficial al mando? —preguntó Peláez a uno de los números de la Policía nacional allí presentes. —Está hablando con el caballero en el furgón celular—informó éste.

Ambos directivos, acompañados por Susana, y escoltados por los agentes que allí se encontraban, se encaminaron hacia el furgón. Cuando llegaban se abrió la puerta lateral y bajaron dos hombres. —¡Matute! —profirió López sorprendido. —¡Inspector Pina! —Peláez saludó con sorpresa al oficial. —¿¡Usted aquí!? ¡No! ¿¡Es usted quien se ha peleado con los ultras!? —preguntó López sin esconder su admiración. —¡Qué suerte encontrarle a usted aquí en estos momentos! —exclamó a su vez Peláez, mucho más calmado que López.

Susana olvidó que López conocía personalmente al dueño de Talleres Matute — la publicidad del Rayo con el negocio de Sebas para recabar apoyos económicos entre la población de Mospintoles con vistas en su transformación en sociedad

anónima deportiva fue muy comentada en toda la ciudad—, y se había ahorrado explicaciones. Por su parte el inspector Pina era un viejo aficionado al equipo de su ciudad, y acudía gustoso al estadio los días de partido para prestar servicio. Aunque algunos días, como hoy, no podía disfrutar del partido.

El inspector Pina fue puesto al corriente de la situación. López era el presidente del Rayo de Mospintoles, Susana era la directora del órgano de comunicación del club, y Matute era un empresario mospintoleño, casado con la teniente de alcalde para más abundar. Pina, que tenía ganas de ver el partido y dejar los trámites burocráticos para cuando acabara el encuentro, no tuvo objeción en dejar que Matute accediera al campo bajo palabra de Peláez, del presidente López y del propio Matute, de que al término del encuentro se personaría en las dependencias que la policía tenía en el interior del estadio. Y se comprometió a mediar para que el juez dejara partir a Matute sin retenerle más que lo estrictamente necesario.

—Es que aquí, su amigo de usted, ha ocasionado serias lesiones a tres ciudadanos... hasta que la chica no denuncie y declare en comisaría que fue asaltada y el caballero corrió en su auxilio y que dadas las intenciones de estos impresentables que le superaban en número se vio obligado a emplearse con contundencia —soltó Pina de una tacada, más informando a Matute de cómo debía declarar al término del partido que hablando con López.

—Entendido, inspector —terció Peláez—. Y si tiene a bien pasarse por el palco durante el descanso, hay un servicio de *catering* en el que será usted bienvenido, como siempre. Allí podremos hablar con más calma... del desarrollo del partido —insinuó el directivo.

—Correcto —suspiró Pina, que ya se había decantado por ayudar a los conocidos de Peláez.

Ambos directivos, Susana y Matute se dirigieron, pues, a la puerta por la que habían abandonado el estadio los dos dirigentes hacía sólo unos minutos. La primera parte del partido estaría ahora en su ecuador y aún llegarían a tiempo de ver buenos minutos de juego. Matute al llegar a la puerta se paró en seco: —Pues yo tengo entrada de tribuna, y he de llamar a mis chicos para que me bajen la entrada.

López se entendió con la mirada con Peláez, y fue éste quien pidió:

—Acompáñenos al palco, señor Matute. Ha sido usted un héroe y me gustaría presentarle a nuestro presidente.

—No exagere, caballero. Yo sólo vi a unos canallas agrediendo a una mujer e hice lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho.

Cruzaron por puertas interiores vedadas al público y en unos instantes estuvieron en la entrada al palco.

—López, yo aún he de hacer mi trabajo. Y con esta sangre en la ropa no creo que deba entrar ahí —expuso Susana.

—Acompáñenos, por favor, señorita. Tiene usted una aventura que contarnos. Ya bajará usted al césped en la segunda parte —suplicó Peláez.

—Pero tengo que sacar unas fotos, aunque con la cámara de reserva no sé qué calidad voy a poder obtener —repuso Susana mirando a López.

—No se apure, señorita —replicó nuevamente Peláez—. Yo le conseguiré unas buenas fotos de su equipo.

Desde allí mismo telefoneó a alguien que enseguida descolgó:

~José Carlos, soy Peláez. Atiéndeme bien. Necesito que saques también fotos a los jugadores del Rayo, como si fueran nuestros... Continúa con tu trabajo, pero como si trabajaras también para ellos... Es para la publicación institucional del Rayo... Tu compañera de Mospintoles ha sufrido un ataque de unos ultras nuestros antes de entrar al estadio y le han roto la cámara, además de abrirle una brecha... Vale, muchas gracias... Sí, ella está bien. Se ve que es una mujer dura... No, no digo que tengáis una profesión dura, digo que ella está hecha de una pasta especial. Tú no, majete —se burló cordialmente Peláez de su interlocutor al tiempo que cerraba la comunicación. Y dirigiéndose a Susana—: Señorita, asunto arreglado. Espero que nuestro chico sea buen profesional y su trabajo le agrade. Ya se lo presentaré cuando todo acabe. Entremos por favor, que nos vamos a perder el partido y a juzgar por el vocerío debe de estar en su momento más álgido.

Juntos accedieron al palco. Peláez se adelantó y explicó en voz alta lo sucedido. Susana y Matute fueron el foco de atención y durante unos minutos la narración de la mulata fue más importante que lo que sucedía unos metros más abajo, en el tapiz verde.

El palco, lleno casi exclusivamente por hombres, celebró la decisión y el arrojó de Matute y todos sin excepción le felicitaron personalmente estrechándole la mano. Una dama que se encontraba en primera línea, junto al presidente anfitrión, se dejó ver y pidió a Susana que se sentara junto a ella.

Al pasar junto al presidente, éste se dirigió a Susana:

—Lamento profundamente lo que le ha ocurrido, señorita. Estoy avergonzado de que vecinos de esta ciudad que se hacen pasar por hinchas de mi equipo se hayan comportado con usted de manera tan deplorable y vituperable. Espero que se haga justicia pues no hay derecho a que haya sido usted atacada tan sólo por ser mujer y seguidora del Rayo.

—Lo siento, señor —sonrió Susana—, no le han informado bien. Me han pegado sólo por ser negra.